

¿La luz, que es el único bien que se reparte, sin que jamás se disminuya? ¿Quieres encerrar dentro de tí los rayos del sol? ¿Poner en cadenas los brillos de la razón? ¿Los resplandores de la razón, que son los rayos de la Divinidad? Ah, y qué vil pusilanimidad es tu tentadora! ¡Temes los trabajos! ¿Y ahora te viene este recelo, después de haber triunfado de tantos? ¡Temes los trabajos! Y ¿por qué precio has de comprar la importante ciencia de lo que te resta saber? ¿No han sido ellos los mejores maestros de tu filosofía? Pues ¡qué ruin pensamiento no será temer las aflicciones de esa manera, como haría cualquier hombre de la plebe, sin experiencia, sin luz, sin valor! ¿No te acuerdas que eres príncipe? ¿que tienes la sangre de tantos héroes que no supieron temer? ¿que fuiste rey, y que tu filosofía te hizo despreciar la corona y el cetro? Y quien tuvo valor para burlarse de aquellos contratiempos, ¿teme ahora á esas aéreas fantasmas que la pusilanimidad te forma de los trabajos futuros? Que vengan: obre Miseno como debe obrar, y Miseno será siempre feliz.

21 Así hablaba consigo; y cantando proseguía en su rústico trabajo: cuando hé aquí que la *tristeza*, viendo que la *pusilanimidad* totalmente desconfiada había abandonado la conquista del corazón del héroe, toma ella á su cargo la empresa, y le prepara un nuevo y mas peligroso asalto. Y bien así como cuando el mar está sereno, y es del cielo un espejo cristalino, acontece muchas veces que una negra y tenebrosa nube saliendo debajo de los horizontes, y volando sobre las alas de los vientos, viene de repente á descargar sobre él un turbión formidable. En un momento las aguas puras y claras se hallan negras y pesadas; las piedras se equivocan con las ondas, la vida con la muerte, y los bismos se confunden con las estrellas: no de otro modo la *tristeza*, que en otro tiempo había dominado en el corazón de Miseno, quiere ahora probar nueva lucha, para despigar-se del mal suceso que tuvo en la empresa del Conde. Observa cuando el héroe estaba mas alegre y ocupado en su trabajo, después de haber triunfado de la *pusilanimidad*, que lo había inquietado tanto, y de repente se deja caer de peso sobre su corazón. No es mas ejecutivo el efecto del rayo, que lo fue el de la *tristeza* sobre el corazón de Miseno. Hállase improvisamente turbado, y con el entendimiento oscurecido no puede descubrir la luz de la razón, ni el norte de su verdadero fin. El cielo se le confunde con la tierra, la filosofía con las pasiones, el bien con el mal, la virtud se le equivoca con el vicio, ni sabe lo que desea, ni de lo que huya.

22 Por la costumbre quería llamar en su socorro á la verdadera y celestial *filosofía*; pero una falsa *razón* le engaña. Su discurso era furioso, oscuro y turbulento. Desconociáse Miseno, pues veía que no era esta la voz suave de la filosofía á que estaba acostumbrado, porque hasta entonces la paz y la tranquilidad le abrían las puertas á su entendimiento, y este poco á poco se desenvolvía las tinieblas mas espesas, para conocer dónde comenzaba el vicio, y dónde terminaba el medio razonable de la virtud: hasta entonces distinguía estas cosas con tal evidencia, que jamás las equivocaba: mas ahora todo lo extraña, y en esto mismo advierte su peligro.

LIBRO XI.

La tristeza acomete á Miseno de repente.—Recurre al cielo, y es llevado á la region de los planetas.—El templo de las pasiones.—Se avergüenza de ver los sacrificios que se hacen, y las abomina.—Se ofrece de repente en el país de la razón.—Ve en él al príncipe Filoteo.—Muda de país.—Sepa que en este país no hay pasiones.—Miseno lo admira; y para que sepa que las hay, bien que allí son gobernadas por la razón y ley eterna, le enseña en un carro tirado de leones lo conduce á la cueva de Ubaldina, para que esta señora le enseñe tan importante materia: en efecto, llegan á su cueva, donde le hallaron trabajando cestillos de palma con su criada.—Preséntalo el Príncipe á Miseno, núm. 26.—Este se ofrece á ser su discípulo.—Lo admite Ubaldina.—Instrúyelo en que las pasiones no se han de destruir, sino perfeccionar.—Dale lecciones de amar á Dios.—Se despiden.—Miseno se vuelve á su cabana pensativo.

1 Puesto Miseno en este conflicto sintiéndose una violencia moral, levanta los ojos y las manos al cielo para invocar al Ser supremo, revístese de grande ánimo, y le dice de esta manera: Razón eterna, que os comunicais á todo entendimiento que de Vos dimana, si os busca con voluntad sincera, no os escondais ahora para que yo pueda seguirlos. El brazo de la criatura es muy flaco, si vuestra mano poderosa no le asiste: yo siento en mí una fuerza extraña que me impele, que me ofusca, que cuási me derriba; pero Vos que me ilustrásteis cuando yo no os llamaba, no podeis desampararme cuando os busco en mis aprietos.

2 Apenas dijo esto, cae en tierra desfallecido, por cuanto no pudiendo ya el corazón resistir al empuje que le hacia la violencia de este esfuerzo, queda por un espacio de tiempo como muerto, y poco

á poco va volviendo en sí, y se halla interiormente mudado. La paz y la tranquilidad se vuelven á su habitacion acostumbrada, y el corazon á sus movimientos pacíficos y regulares: quiere dar gracias al Criador por la victoria que acaba de darle contra la tristeza; pero siente que su entendimiento se eleva, su imaginacion se enajena, y otra mano superior mas pacífica se apodera de él, sin saber cómo, ni si el cuerpo lo acompaña ó su pensamiento.

3 En este momento se le representa que es transportado á una region extraña y nueva. Un conductor celeste se le agrega, y lo lleva por veredas luminosas y desconocidas. Atraviesa la region de las nubes, y ve por uno y otro lado formarse relámpagos y dispararse contra la tierra saetas de fuego. Poco despues pasa por un globo como de plata, suspenso en medio del vacío; admírase, y la guia le dice que es la luna: observa en ella de paso sus montañas como de nieve, sus mares y sus lagos¹; mas de allí á poco el mismo globo que le pareció inmenso se iba disminuyendo á sus ojos, y ve que desaparece como un punto en medio de los otros. Ve luego otros globos mucho mayores, á los que el celestia conductor da los nombres de Mercurio, Venus, Marte, girando todos por los espacios inmensos al rededor del sol: del sol, á quien ve como una masa enorme ardiendo en vivas llamas, las cuales siempre humeando, dejaban sobrenadar en atmósfera varias nubes, que los habitantes de la tierra llaman manchas². Mas adelante encuentra á Júpiter dando velocísimas vueltas sobre sí, rodeado de sus cuatro satélites³; finalmente mira á Saturno con un anillo mas numeroso, girando al rededor de él tambien en un momento. Poco despues toda aquella máquina se le queda muy pequeña, y esa familia del sol desaparece del todo; y Miseno apenas lo puede distinguir á larga distancia, como una pequeñita estrella. Otros globos de fuego, muchos de ellos mayores que el sol³, se le presentan por un lado y por otro tan multi-

¹ Ningun astrónomo duda que la luna tenga montes; pero que tenga mares y lagos, aunque lo aseguran muchos con Wolfio, lo niegan otros con Keili. (Introd. ad Operam philos. sec. 9).

² El autor original de este poema en sus *Recreac. filos.* t. 6, trat. 30, escribe que mirando al sol con el telescopio un dia, 10 de abril, le contó cincuenta y una manchas. Estas manchas, segun la comun de los astrónomos modernos, son unas nubes gruesas y espesas que se levantan de la superficie del sol, al modo que nuestras nubes de la superficie de la tierra. (El mismo).

³ El golfo del sol lleno de la gloria del Señor (Eccli. XLII, 16), 1.326,480 veces mayor que el volúmen de la tierra. (Bescherelle, art. SOL.).

plicados, que Miseno se confunde. Aquí queda Orion^{*}, le dice su guia, formado de mas de dos mil estrellas, de las cuales muy pocas alcanzan á ver los moradores de la tierra; aquí quedan las dos Ursas^{*}: allá Casiopeya y Perseo^{*}: á este lado Arturo^{*}, hácia aquel la Balanza^{*}, y los demás signos celestes. ¡Qué grandes y magníficos son estos objetos para tu idea! le dice. Sabe, pues, que todo esto es nada en comparacion de lo que á su tiempo te espera, y que aun no te es permitido ver.

4 Tan penetrado estaba Miseno de la admiracion, que su alma inmóvil no atinaba con los discursos: solamente pudo decir al Ángel: Si todo esto siendo tan grande, es nada, ¿qué será lo que queda allá bajo en la tierra? ¿En la tierra, que ni es posible descubrirse desde esta inmensa distancia? ¡Qué ridículos y qué miserables son los juicios de mis semejantes, cuando se afligen tanto por lo que les sucede, y se dejan arrastrar de las pasiones que tienen, en objetos tan pequeños y viles!

5 No quiero, pues, decir al Ángel, que sea lo que en la tierra pasa. En ese bellissimo espejo azul, que me parece como abovedado sobre tu cabeza, conocerás mejor que si estuvieras en el mundo lo que hacen las pasiones allá bajo. En el mismo instante ve Miseno representado en ese cóncavo y luminoso céfiro un templo magnífico, al que conducian cuatro grandes graderías vueltas hácia las cuatro partes del mundo. El atrio del templo quedaba en el centro de ellas; á su entrada estaban de uno y otro lado dos matronas majestuosas que la prohibian á todos; mas en ambas mostraban una sencillez, decoro y simplicidad en su atavío, que inspiraba respeto. Se admiró Miseno, y preguntando á su conductor: ¿quién son aquellas matronas? le respondió: Son la razon y la virtud, y si reparas bien en sus insignias, te será fácil conocerlas. La primera matrona tiene como ves sobre la cabeza una llama, que con postura irregular baja derecha desde el cielo; por cuanto la luz de la razon es una cierta emanacion del entendimiento divino, que descende del cielo para los hombres; la segunda, que es la virtud, ciñe sobre el pecho una cadena de oro, para mostrar cómo se deben sujetar los ímpetus del corazon y sus deseos, gobernándolos por la regla de la justicia, que está representada en aquella regla de oro que tiene en la mano, y la sostiene siempre levantada delante de los ojos. En este punto vió Miseno que la multitud de los que tumultuosos deseaban entrar en el templo, echaba por tierra á las dos matronas, atropellándolas sin atender á sus gemidos. No te admires, le dice el Ángel, que este templo

qué ves es el de las pasiones, y ninguno entra en él á sacrificar sin poner bajo sus piés á la *virtud* y á la *razon*. Á este tiempo, ya el espejo celestial representaba lo interior del templo, diferenciándose las escenas al paso que se adelantaba en Miseno la inteligencia ¹. Vió tres tronos inferiores con sus divinidades, las cuales servian de basa á otro trono superior y mas magnífico. En este presidia un soberbio y respetuoso varon, viejo en la edad, mas en la viveza y robustez mancebo: entendió Miseno que era el *amor propio*, cuyos tres hijos, el *interés*, la *gloria* y el *amor sensible*, estaban mas abajo como divinidades subalternas, y por mano de ellas recibia las ofertas que le sacrificaban, como padré desvanecido que se complace en la gloria de sus hijos, y tiene por honra propia los obsequios que á ellos se les tributan.

6 Reflexionó Miseno en los tres tronos inferiores, y vió que el *amor* tenia cuarenta y tres hijos, ojos vendados, arco ligero, saetas de fuego; que le servian de trono las llamas. En el del *interés* brillaba el oro, los diamantes y todo género de piedras preciosas; y estaba en tanta confusion, que no sabian los ojos á qué atender. La *gloria* se adornaba toda con plumas evaporándose al rededor de su altar humos aromáticos, y se veía de cuando en cuando una improvisa luz como de relámpago, que no tenia mas consistencia que la precisa para dejarnos deseosos de ella.

7 Como el entendimiento de Miseno estaba acostumbrado á estas figuras alegóricas, sin embargo de que no habia explicacion de su guia penetraba los símbolos que se le presentaban. Empeñado á esta especie de pasmo se le siguió un momento tan vehemente, que si no por la asistencia del conductor desde luego perdido la vida, al ver los horribles sacrificios que se ofrecian á las divinidades aparentes. Entonces conoció Miseno perfectamente como las pasiones enloquecen á todos los que las siguen. Vió á un viejo que se arrojaba con ansia á recibir del *interés* un cofre lleno de oro y esmaltado de diamantes; pero que la divinidad le repelia con indignacion, interin que no le hacia el sacrificio de ahogar entre sus manos paternas á dos hijas muy hermosas, que detrás de él estaban. No dudó el bárbaro parricida ofrecérselas, y á ambas hizo exhalar la vida entre sus brazos, acompañando accion tan inhumana con lágrimas fingidas. No te admires, dice el Ángel, porque todos los días verás estos horrores en el mundo. ¿Quién siguió nunca las acciones del *interés* sin sofocar entre sus

¹ Cótjese el interior de este templo alegórico con el que vió y escribe el profeta Ezequiel al cap. VIII.

manos y poner bajo sus piés la *paz* y el *honor*? Bien ves que por lo general todos aman estas dos doncellas, hijas muy queridas del alma, mientras sigue la virtud; mas cuando se trata del interés, todo se olvida. Riquezas grandes con paz, ¿dónde las viste? Modo de adquirir las con honor, ¡oh! cuán raro, cuán difícil es! Verdad es que los que sacrifican á esta diosa no piensan que les será preciso ofrecer víctimas tan caras; pero la divinidad se obstina en no conceder grandes riquezas sino á semejante precio.

8 Confuso quedó Miseno y enseñado; y cobró tal horror al ídolo de esta insaciable pasion, que ni podia mirarlo. Mas la guia celeste le obligó á ver varias escenas que se representaban en aquel espejo cóncavo de los cielos, el cual vuelto hácia el mundo lo hacia ver muy de cerca, y ponía bien distante de los ojos sus horrores. Esta primera escena, le dice el Ángel, representa á los Alejandro y otros famosos conquistadores. Á un lado están los de Europa, y al otro todos los de la Europa. Ved que talan los campos y arrasan las provincias sin mas derecho de parte de los invasores, ni consentimiento de parte de los invadidos, que la ambicion, el interés, y la codicia de las riquezas. Repara que violando el sagrado y comun derecho de las gentes, arruinan tronos, arrastran monarcas, degüellan imperadores, queman ciudades, haciendo pábulo de las victorias de las llamas hasta las mujeres y los niños; ¿y esto se aplaude en el mundo?

9 Vuélvete ahora, le dice el conductor, á mirar la segunda escena que pinta los siglos venideros. Un nuevo mundo aparece en medio de unos mares, jamás navegados para la humanidad. Ve, le dice, las costas del antiguo hemisferio inabismables, que se burlan de la civilidad, de la razon y de la humanidad. ¿Qué reservas? Infinitos hombres solo en el color diferente, esto sí, á lo demás semejantes á tí; mas ellos reducidos á la mas dura esclavitud, pues que se hallan privados de la libertad: de la libertad, joya preciosísima que Dios concedió á cada uno de ellos como dádiva absoluta é irrevocable. Dios la dió, es verdad; mas si sus semejantes no se la roban, si no cometen estos crímenes, no pueden alcanzar las riquezas que desean. Sacrifíquese, pues, el *honor*, la *religion* y la *humanidad*, que todo es nada; y esto se ha de hacer á vista de todo el mundo; y esos mónstruos de la razon han de pasar por hombres de bien y muy honrados; y de otro modo la diosa del *interés* no los ha de despachar.

10 Mucha dificultad tenia Miseno en creer lo que la escena le representaba; pero el Ángel le declaró que él tenia por aquel momento las llaves de lo futuro; y que solo los tiempos venideros ha-

rian patente á todos lo que á él se le pintaba allí solo para su instruccion.

11 Todo esto pasaba con tal presteza, que no volaria mas veloz el pensamiento, y ya eran los sacrificios de la *gloria* los que se representaban á Miseno. Venia pues, á sacrificar un poderoso monarca acompañado de tres figuras, y una conoció Miseno ser la *fortuna*, la cual le iba delante convidando con una corona de laurel: la *envidia* lo detenia del brazo; y la *temeridad* lo agujoneaba por las espaldas con importunidad. Lleno él de fuego, y embriagado con el humo de sutiles y contagiosos inciensos que en aquel altar se quemaban, estaba como fuera de sí, no sabiendo cómo haria propicia la divinidad á quien deseaba hacer sacrificio.

12 Pídele la diosa por la corona de laurel que apetecía cincuenta mil cabezas de sus propios vasallos; y que exponga á la suerte, no solo la de sus hijos, sino tambien su misma vida. En nada se detiene el monarca ambicioso; y para eso va á declarar una guerra, presenta en diversos lugares batallas con sus enemigos, corren por varias partes arroyos de sangre: una multitud de almas son sepultadas en el *Tártaro*: su propio hijo exhala el alma atravesado de una lanza; por otro lado y por otro se ven humear las ciudades mas opulentas reducidas á cenizas, y todo es horror. Mas el monarca, deseoso de la victoria, pierde todos los sentimientos de humanidad, y alega á la diosa como servicios todos los destrozos que acababa de cometer, brama de oír la *naturaleza*, y temblando las paredes del templo, con sus racionales estragos. Iba ya la divinidad á concederle en un momento la corona deseada, cuando la *envidia* se la arrebató de las piedras, y el héroe se ve precipitado en las cavernas del *vituperio*, donde se bismaban debajo del trono de la gloria, en donde entre formidables alaridos oyó Miseno, que perdía la propia vida.

13 ¡Qué leccion esta para mí, dijo entonces Miseno á quien le acompañaba! ¡Qué leccion para mí, que como un loco corria tras de la gloria, cuando gobernaba las armas! Yo ciertamente me hallo reo de muchos de estos crímenes; pero nunca conocí la verdad tan claramente como ahora.

14 Este es el privilegio, le responde la guia, de quien puede leer en este libro celeste. Los espejos de la tristeza son falsos y oscuros. Este espejo en que estás viendo estas cosas es puro, es verdadero, es muy terso. En este instante fueron pasando todos los héroes infelices, que corriendo tras la *gloria*, solo se hallaban con el *vituperio*:

y este momento de la representacion celestial instruyó á Miseno, mejor que pudieran hacerlo en largos años todos los fastos de la historia. Quería Miseno reflexionar y preguntar al Ángel algunas cosas necesarias para su inteligencia; mas de repente, sin pronunciar palabra, halló en su entendimiento una mas clara y sólida doctrina, y la respuesta á todo; y ya comenzaron á representarse en el espejo los sacrificios de *amor*.

15 Aquí sintió Miseno que el Ángel le tocaba en el corazon para confortárselo, porque de otra suerte el horror á que se preparaba le hiciera perecer de repente. Un inmenso tropel entra por las puertas del templo, y todo se perturba. Risas, lágrimas, llantos, júbilos, gemidos, sinfonías y luchas, todo se oia á un mismo tiempo. Allí venian los mayores emperadores mezclados con la infima plebe. Venian mancebos, cuya sangre les hervia en las venas, interpolados con los viejos que abrigaban bajo sus canas, en nieve llamas impuras. Venian doncellas de la mas alta calidad mezcladas con las del pueblo mas abatido. No habia diferencia de sexos, ni de fortuna ni de nobleza, de edad ni de tiempo. Todas las hachas en las manos venian á sacrificar á la diosa del *amor*. Unos se entretenian danzando coronados con guirnaldas de flores; otros derramando sangre humana en desafíos y duelos: cuales con la bolsa abierta esparciendo riquezas con ambas manos; cuales emplumados como Adonis, compitiendo con las aves mas desvanecidas. Allí venian unos sombríos y melancólicos con el corazon carcomido de las envidias secas y roidas de los celos, y otros con un aire sin embargo alegre; mas de cuando en cuando se sobresaltaban como si quisieran escapar.

16 Al llegar al altar profano, el Ángel le tocó en él el corazon y el alma, lo que ninguno resistió sin embargo. El *amor* les pedia muchas veces la salud y la robustez del cuerpo. Era preciso perder en mil ocasiones las riquezas y el honor; el honor, así propio como ajeno; en nada se debía poner el menor embarazo, porque el *amor* queria sacrificios prontos. Pedia esta divinidad que se le consagrarse el *entendimiento*, y que el hombre mas juicioso quedase como un estólido jumento, paciendose solamente en el vil deleite, que es comun á todas las bestias. En nada se paraban, y el *amor* se sonreia, burlándose por este medio hasta de los mas juiciosos; de forma, que cuanto mas excelentes eran los personajes, tanto mas horribles eran las oblationes; y no obstante esto, el *amor* con mucha urbanidad les volvia las espaldas, y los dejaba desesperados.

17 Bien advertia Miseno que esto le tocaba mucho, y que se ha-

llaba en mil ocasiones retratado; pero se consolaba con la consternacion que ahora sentia; porque cuanto mas se aborrece un vicio, tanto mas lejos estamos de cometerle. Entonces Miseno, lleno de horror y espanto, queria arrancar de su corazon todas las pasiones, conociendo los absurdos á que las le conducian.

18 No pienses en eso, le dice el Angel, porque esa empresa te será imposible é inútil. Pues ¿cómo podré, replica Miseno, libertarme de todos los horrores que acabo de ver, sin arrancar de mi pecho las pasiones que me arrastran á tales desconciertos? No pienses arrancarlas, le dice, cuida solo de refrenarlas, conducir las y gobernarlas por la *razon eterna*. En este momento desapareció toda aquella imaginaria representacion del templo de las pasiones, y se vió Miseno en un país delicioso, mucho mas que aquellos fingidos campos *Eliseos* * de los antiguos poetas; pero se halló sin el Angel que le acompañaba. Los habitantes de este sitio eran por la mayor parte hombres ancianos, cuando menos, todos tenian un aire prudente, aunque sumamente alegre. Entre otros uno que venia en un carro tirado de leones y tigres, y otros animales feroces; pero tan mansos y domésticos que Miseno se admiraba. Un rayo de luz celestial bajaba de lo alto y descendia hasta la cabeza del principe Filoteo: este era su nombre. Acercóse al carro adonde Miseno estaba, y descendiendo el Principe que lo conducia, hablóle á Miseno de este modo:

19 Veo tu admiracion, vengo á instruirte de todo lo que desees saber. Aquí las *pasiones* de la *razon* ¹. Si ella acompañada de fuerza superior á las pasiones, las hace enmudecer, y las hace ser un momento orgullosas, sino como animales domesticados y obedientes, que la verdadera sabiduría las sujeta á la ley eterna, reduce á los habitantes de este país á una inexplicable bienaventuranza; porque siendo una, única, y la misma ley por donde todos los hombres se gobiernan, forzosamente ha de haber entre todos la misma armonía que se halla en los movimientos celestes. Aquí cada familia y cada república forma un cuerpo, cuyos miembros se estiman, se celan y se aman reciprocamente como nues-

¹ *La razon es reina.* (Santo Tomás sobre san Juan, fol. 703). El enemigo declarado de esta soberana son las *pasiones*, porque como ella debe ser quien las sujete, y ellas no gustan sino de lo que las halaga, se le tumultúan.

Aliudque Cupido,
Mens aliud suadet.

(Ovid. *Metam.* lib. 7).

tras dos manos se sirven una á otra, y cada cual mira como propio el interés y comodidad del otro miembro. Esta es la gran diferencia de este país á los demás donde reinan las *pasiones*, y es esclava la *razon*. Como las pasiones son muchas, y en cada hombre son diferentes ¹, habiendo millares y aun millones de leyes, á veces muy opuestas, forzosamente ha de haber contrariedad y oposicion entre los hombres; y no es posible formarse un cuerpo de varios miembros que estén animados de espíritus diferentes. Mas cuando la *ley* de la *razon* gobierna sin que las pasiones sean oidas, entonces es uno solo el espíritu que reina en todos; porque es una sola la luz de la *razon*, dimanada de la misma *razon eterna*, por la cual hasta el mismo Dios se gobierna: así, lo que uno quiere, es lo mismo que lo que el otro desea, y ninguno apetece sino lo que Dios quiere.

20 No se sabe aquí qué cosa sea disputa ni mentira, y mucho menos mentira, engaño ó fingimiento. Aquí la *justicia* tiene su imperio, la *paz* su trono, y el *orden* su dominio. Aquí los hijos soberanos duermen, descansando en los brazos de sus vasallos. Sean los vasallos descontentos á la sombra del amor paternal de su soberano. Aquí hay tantos amigos verdaderos, cuantos individuos; el pobre tiene padre, el pobre sólidos tesoros, el peregrino compatriotas, ninguno derrama lágrimas por la propia afliccion, que no halle un balsamo de consuelo en las que ve correr de los ojos ajenos, por el efecto de verdadera compasion.

21 En tan feliz habitacion, dijo Miseno, creo que los hombres habrán nacido de otro origen menos que el nuestro, y que en sus corazones no se hallarán a lo que se ve en los otros. Los males, quiero decir, las *pasiones* que se ven en los hombres en la figura semejantes á aquellos que yo he vivido; pero serán de otra masa muy diferente, pues yo he visto en otros tan distintos los hallo en sus procederes. No te engañes, dice Filoteo, cree que son de la especie misma, y tienen las mismas pasiones que se hallan en los otros; pero las saben gobernar por la *razon* y *ley eterna*: saben alimentarlas con objetos propios en proporcion justa y nunca demasiada. El *amor propio* y la *ambicion* tienen aquí sus justos límites, y así no verás en este país ningun ciudadano ocioso. Comenzando por el monarca, y descendiendo hasta el ínfimo vasallo, todos se ocupan, por-

¹ Las pasiones son once, seis en el apetito concupiscible, y cinco en el irascible. Las primeras son: *amor*, *odio*, *deseo*, *furia*, *gozo* y *tristeza*. Las segundas: *pereza*, *desesperacion*, *temor*, *audacia* é *ira*; y de estas se componen otras innumerables.

que la *razon*, nuestra soberana suprema y celestial, dice, *que todo hombre nació no para procurar satisfaccion á sus apetitos, sino para trabajar, empleando en ocasiones propias de su estado los sentidos, los talentos y los miembros*. Tampoco verás á ninguno engolfado en el avaro deseo de acumular riquezas, porque la *razon* dicta *que estas se hicieron para servir al hombre, y no el hombre para ser esclavo de ellas*.

22 Del mismo modo, el *deseo de gloria* en el descubrimiento de la *verdad*, como tambien la *vanidad* de la perfeccion de las artes, no degeneran en vicio; porque la *razon* hace de todo virtud: por eso verás que las ciencias se cultivan aquí con un ardor pacífico, cual conviene para descubrir la *verdad* creada, y subir por ella á la increada; y en este descubrimiento de las verdades recónditas no hay aquella acrimonia de envidia, de tema, ni el espíritu de las escuelas ó de partido, que es la puerta mas franca y el medio mas seguro para introducir en el entendimiento de los hombres los errores mas absurdos. Las artes se adelantan de dia en dia, porque nuestra soberana *razon* hace de cada utilidad y el fin para el que se inventa cada obra; lo que sirve para conducir las á su última perfeccion.

23 El idioma del *amor propio* es aquí bien entendido, porque el bien público interesa á los individuos mucho mas que el suyo particular, y todos con gusto hacen sacrificio al comun de sus propios intereses, y de este modo por un maravilloso círculo recae en beneficio de cada uno lo que se hizo para el bien de todos. Con tan admirable armonía las empresas mas arduas se facilitan, porque los brazos de todos se unen en un esfuerzo insuperable.

24 Aquí en un momento *justicia* jamás pasa de sus límites. Si algun extranjero pisa las piedras del territorio de las pasiones, y habiendo cometido algún delito en él, llega á este; en entrando en nuestras tierras es el mas severo juez de sí propio. Él se condena antes que el juez externo le imponga el justo castigo; y sucede, que de su verdadero arrepentimiento saca muchas veces el público mayor utilidad de lo que había sido el daño que causó su delito. Los demás ciudadanos en vez de escandalizarse del crimen, se compadecen del delincuente; y bien lejos de descubrir su pecho, divulgando con falso celo á los que lo ignoran, procuran encubrirlo, dejando la herida ó llaga manifiesta, únicamente á quien pueda curarla; haciendo todos en el cuerpo político lo que en los miembros del cuerpo natural harian.

25 Entonces Miseno le dice admirado: Pues ni la pasion de *amor* es aquí desordenada, sin duda, señor, deveis ser de corazon frio é

insensible, formado de hielo, donde no pueden prender las ardientes y penetrantes llamas de esta pasion, que al mismo tiempo es dulce y furiosa, pues nunca ella se deja sujetar de la *razon*, y siempre ignora sus leyes, siempre las desprecia; á lo que Filoteo respondió:

26 Para darte la respuesta sube en este carro, y ven conmigo á donde la Providencia celestial me manda que te conduzca. En este punto fue Miseno transportado con Filoteo á regiones desconocidas. Reparó y vió árboles que nunca había visto, pirámides de disforme grandeza¹, pájaros de extraño plumaje; y bajando ambos del coche, Filoteo le guia, le conduce y lleva por entre peñascos, cuyas avanzadas puntas, entrando mutuamente por los concavos de otros dos peñascos de enfrente, daban tránsito muy oculto y disimulado á un campo sumamente alegre, que en parte era silvestre, y en parte cultivado. Allí en una pequeña cueva formada en la roca, rodeada de árboles, tosca por fuera, y por dentro singularmente adornada, encontraron una hermosa doncella, llamada Ubaldina, hija de

27 Por una abertura que se abren los ramos seculares enlazados, entraban como á cartadillas algunos sus rayos del sol, que visitaban á Ubaldina, la que toda ocupada con sus tareas en el trabajo de tejer cestillos de palma², no reparaba en los rayos que se desperdiciaban que le llegaban. Mas advirtiéndole en ellos un sobresalto, le hizo salir al rostro el pudor virginal, que aumentaba su belleza, la que igualmente realizaba su modestia. Salúdala Filoteo, y con un aire superior la dice así: Vos, que sirviendo al Altísimo gobernador de cielos y tierra, habeis huido de los honores, de la hermosura y de la grandeza, para venir á orden del Soberano os traigo aquí otro anacoreta, para que de vos aprenda el motivo de vuestro silencio, y para que le digais quién os inspiró los pensamientos que os animan; y os doy por señal, que en la noche precedente os hizo ver en sueños nuestras figuras. La misma Majestad, pues, os ordena que nada ocultéis á vuestro alumno de lo que saber desea: dijo, y á manera de una blanca nube, que sin saber cómo se disipa con los rayos del sol, así desapareció Filoteo á la vista de ambos, sin que pudiesen alcanzar el rumbo por donde se les ausentaba.

28 Entonces Ubaldina, levantando mudamente los ojos y las manos al cielo, adorando al Ser soberano que la gobernaba, confesó á

¹ Las famosas pirámides de Egipto.

² En estas regiones son muy abundantes las palmas, y están muy en uso los tejidos de sus hojas.